

Industria verde

El sector industrial catalán busca reducir su huella de carbono

MANUEL ÁNGEL-MÉNDEZ

Producir en verde. Es la obsesión de un número creciente de empresas. Empujadas por las directivas medioambientales y, sobre todo, la presión social, cada vez más compañías se dan cuenta de la importancia de un objetivo: contaminar lo menos posible. La mentalidad va cambiando poco a poco, y respetar la naturaleza ya no sólo se traduce en un coste económico. Es una inversión de futuro.

En Cataluña, un total de 185 plantas industriales y eléctricas están sujetas a las restricciones de emisión de CO₂ asignadas por el Gobierno, según el Protocolo de Kioto. Cementeras, fábricas de vidrio, cerámica, papel... Ser ecoeficiente en estos sectores es una obligación. En otros, la decisión depende de la visión de la empresa y sus directivos.

“Lo hacemos porque creemos en esto. Muchos piensan que el medio ambiente no es un problema, pero es el momento de cambiar”. Así lo ve Miguel Torres, pre-

Torres busca obtener energía de los desperdicios de la uva

Piera Ecocerámica es pionera en emplear biogás como combustible

sidente del Grupo Torres, una de las principales productoras catalanas de vino, con más de 2.600 hectáreas de viñedos entre España, Chile y California. A sus 67 años, es un convencido. “Nuestro objetivo es reducir un 30% las emisiones de CO₂ en 2020”.

Para conseguirlo han desplegado un ambicioso programa de medidas. En total, una inversión de 10 millones de euros a distribuir en cinco años, de los que ya han gastado la mitad. Una buena parte se ha destinado a la instalación de 12.000 metros cuadrados de placas fotovoltaicas para sustituir energía eléctrica por solar. Con ellas cubren el 11% de la energía consumida en su bodega del municipio de Pals del Penedès (Barcelona). Intentarán aprovechar también la biomasa vegetal. Obtener energía de los desperdicios de la uva. De funcionar, hasta el 50% de la electricidad consumida en su bodega principal vendría de fuentes no contaminantes.

Torres colabora además en proyectos de investigación con el CSIC para fijar en algas marinas el CO₂ producido en la fermentación del vino y evitar que se expulse a la atmósfera. Cuentan con programas de reciclado de agua, y su red comercial y de reparto utiliza coches híbridos y eléctricos. Toda una visión. “Tampoco somos inmunes al cambio climáti-



Centro de control de la cementera Uniland. / GIANLUCA BATTISTA

co. Si la temperatura continúa subiendo en el futuro, tendríamos que migrar parte de nuestros viñedos a zonas más altas”, explica Torres. Por si acaso, han comprado terrenos a 950 y 1.200 metros de altura en el Alt Penedès.

En la industria pesada, fuertemente arraigada en Cataluña, producir sin contaminar es más complejo. El sector cementero y de la cal es, después del energético, el que cuenta con mayor asignación de derechos de emisión de CO₂, 31,2 millones de toneladas anuales. Dos de las cuatro principales cementeras catalanas, Uniland y Cemex, utilizan combustibles alternativos en lugar de fósiles (carbón, fuel...).

“Incineran residuos como lodos de depuradoras o biomasa vegetal —cáscaras de avellana, viru-

tas de madera...— para generar energía”, explica Alejandro Josa, catedrático de la UPC y miembro del comité técnico de Ciment Català, la patronal de las cementeras. Josa explica los beneficios: una fábrica de tamaño medio que lograra sustituir el 10% de combustibles fósiles podría dejar de emitir 20.000 toneladas anuales de CO₂. Lo mismo que contaminan al año 8.000 coches en recorridos de media distancia.

De momento, sólo el 4% de los combustibles utilizados por las cementeras catalanas son alternativos. En Europa, muchas fábricas superan el 50%. “Se habla de llegar al 20% en 2012, pero será complejo”, señala Josa. “Aun así, es el camino a seguir”, añade en respuesta a las críticas. Los grupos ecologistas argumentan que utili-

zar residuos como combustible incentiva a otras industrias a seguir contaminando en lugar de invertir en procesos de producción ecológicos. “Aunque se minimice la generación de residuos, siempre existirán. No tendría sentido dejar de utilizarlos para obtener energía limpia”.

Un camino similar se está probando en el sector de la cerámica. En Cataluña, Piera Ecocerámica es una de las pioneras en España en fabricar ladrillos utilizando biogás como combustible. Las ventajas son medioambientales y económicas: han reducido en 20.000 toneladas anuales su emisión de CO₂ y ahorran un 50% del coste de combustible al sustituir gas natural por biogás.

“Construimos un gasoducto desde el vertedero municipal a un

kilómetro, gestionado por Cespa, hasta nuestras instalaciones. Entre el 60% y el 65% del combustible total que utilizamos es biogás”, explica Lluís Pinardel, director general de la empresa, con 50 empleados y una facturación de 12 millones de euros. “Se invierte en proyectos medioambientales de I+D, pero el consumidor aún no lo valora”.

Otras compañías, como Grupo Hera, han convertido precisamente la transformación de residuos en energía en un negocio muy rentable. Sus plantas en Alemania, Francia y Eslovenia obtienen biogás a partir de los restos orgánicos de animales provenientes de mataderos. Transforman también lodos, pinturas, disolventes y neumáticos fuera de uso en nuevos materiales de fabricación. “Ahora trabajamos en una tecnología que nos permitirá utilizar el biogás como combustible para coches y camiones”, explica

Grupo Hera tiene su negocio en la transformación de residuos en energía

Las cementeras también apuestan por combustibles alternativos

Jordi Gallego, director general de Grupo Hera. La compañía ha establecido plantas en Chile y México, donde ahorrará una cantidad equivalente a 900.000 toneladas de CO₂. Gracias a los llamados mecanismos de desarrollo limpio (MDL), podrá convertir esta cantidad en derechos de emisión que venderá a las fábricas europeas. “No basta con reciclar. Ni con comprar alimentos biológicos o desconectar los enchufes. Son pasos necesarios, pero insuficientes. Lo que debemos cambiar es nuestro modo de pensar”. Así explica en su último libro Daniel Goleman, el famoso psicólogo estadounidense, el cambio de mentalidad que se está produciendo en los consumidores. Él lo llama “inteligencia ecológica”, es decir, ser conscientes en todo momento del impacto de nuestras acciones en la naturaleza. En un futuro cercano, asegura, la gente no querrá oír ni hablar de productos o compañías contaminantes.

Torres reconoce que el libro de Goleman le afianzó en su convicción: si las empresas no reaccionan hoy, se quedarán fuera mañana.

“El cambio se producirá por la presión del consumidor. La gente exigirá productos con menos huella de carbono”, dice. Hoy, una botella de vino lleva una emisión asociada de casi dos kilos de CO₂. “Tal vez en unos años logremos reducirla a un kilo. Entonces el consumidor sabrá valorarlo”.